

LA REPÚBLICA DE DOS SIGLOS

Tomás Straka

Un balance de lo que ha sido la República de Venezuela desde 1811 hasta hoy resulta, además de necesario, tremendamente complicado. No es que no ha habido otros autores que ya lo intentaran antes: es que existe una clara dificultad para llegar a unos consensos mínimos. Sin embargo, ese balance puede ir arrancar por el deseo de dos siglos de una nación de convertirse en otra cosa, distinta de la que había sido hasta entonces, definida por la modernidad. A lo mejor hubo siempre un guión, al menos en la cabeza de sus élites: el de hacer de Venezuela un país moderno.

EN 1963, cuando Mariano Picón Salas publicó su balance de la historia de Venezuela («La aventura venezolana», inserto en *150 años de vida republicana, 1811-1961*, que publicó la Presidencia de la República) lo hizo con el ánimo de encontrar algunas pistas sobre su destino como nación: «Desde que Andrés Bello —señala en la primera línea—, al final de la Colonia, escribía un resumen de la historia del país, los venezolanos nos hemos inclinado a ver el recuento de nuestro pretérito como anuncio y vaticinio de porvenir».

Ni quien escribía, ni el momento ni la obra deben pasar inadvertidos. Venezuela no sólo acababa de cumplir siglo y medio como República —en realidad cumplía 130 años, pero la fecha de 1811 siempre ha sido más emblemática que la muy compleja y aún polémica de 1830—, sino que además lo hacía coincidiendo con el final del primer periodo constitucional del sistema democrático inaugurado en 1958. Aquello era visto como el signo promisorio de nuevos tiempos, como el desenlace feliz de una prolongada

aventura, esa «aventura venezolana» de la que habló Picón Salas, que a pesar de sus avatares, sobresaltos y tormentos (¡así son todas las novelas de aventura!), parecía llegar al buen puerto de la normalidad institucional y republicana. Picón-Salas sabía lo que decía: sí, era una aventura, precisamente, por haber sido una historia *a la ventura* (de ahí viene la palabra); es decir, llena de contingencias, indistintamente de que algunas pudieran ser felices (recuérdese que *ventura* también es felicidad, esa deparada por la fortuna y los dioses; por ejemplo el petróleo, acaso lo más venturoso de la historia venezolana).

Hoy, a 47 años del ensayo y ya casi a 200 de vida republicana, las posibilidades de un balance resultan bastante más complejas. Una coincidencia de casi todos los venezolanos en torno a una determinada evaluación del presente, como ocurrió en 1960 o en 1963, es casi imposible. Entonces la abrumadora mayoría refrendaba lo dicho por Picón Salas, acaso como expresión de un proyecto generalmente compartido. Hoy los caminos se bifur-

carían. Al mirar históricamente el punto en el que estamos parados, una parte afirmaría que, con una revolución socialista —sea lo que se entienda por tal— en marcha, está consumándose nuestra historia con el éxito, estamos finalmente saliendo de la *aventura*; mientras que la otra, y acaso por el mismo hecho de la revolución, barrrunte que tal vez lo más intenso de la aventura esté por comenzar. Esas divergencias en la visión del futuro son, en gran medida, también divergencias en la visión del pasado.

Toda historia es contemporánea en el sentido de que es investigada, escrita y evaluada desde las angustias y las inquietudes de cada generación. Por eso, el historiador que hoy ensaya un balance del período que media entre el intenso bienio 1810-1811 y la actualidad, sobre todo si lo intenta con la pretendida asepsia que tiene por norte la historiografía académica, enfrenta un reto enorme. Debe, en principio, identificar algunas claves —si las hubiere— para comprender a la República venezolana e intentar, con ellas, una evaluación de conjunto,

algunos indicios de sentido. Un vistazo a lo planteado por otros tal vez ayude a encontrar un sendero propio en tal cometido.

El pasado como vaticinio y la confianza en el devenir

150 años de vida republicana, 1811-1961 es un libro emblemático. Sus autores fueron hombres completamente comprometidos con el modelo de país iniciado en 1958, y la obra fue escrita como un esfuerzo intelectual para apuntalarlo. A pesar de las victorias militares que entonces el Ejército tenía sobre las guerrillas y del formidable éxito político que representaron las elecciones de 1963, masivas y generalmente aceptadas, en las que un civil le entrega el poder al otro dentro de un marco institucional, y encima siendo los dos del partido de Gobierno; a pesar de todo eso, la necesidad de ubicar el proyecto democrático-liberal-populista de Acción Democrática en el conjunto de la historia venezolana y de, valga el término, *legitimarlo* dentro de una tradición centenaria, continuaba siendo perentoria.

150 años de vida republicana esperaba responder a eso. En este sentido, traía a Rómulo Betancourt, el presidente de la República, que lo abre con tres discursos en los que expuso su visión de la historia venezolana; a Mariano Picón Salas, no sólo uno de los más célebres americanistas de habla hispana del siglo XX, sino también secretario de la Presidencia; a J.M. Siso Martínez, prominente figura magisterial de AD, entonces director de la Escuela de Historia de la Universidad Central y autor del manual de historia al uso en colegios y liceos, y futuro y exitosísimo ministro de Educación (pronto editaría por separado su parte del libro con el mismo título de *150 años de vida republicana*, para lectura en todo el sistema educativo); a Juan Liscano, intelectual, poeta y folklorista célebre, además de —cosa menos conocida para las siguientes generaciones— simpatizante de AD; y a Marco Aurelio Vila, continuador de la saga de geógrafos catalanes iniciada por su padre, Pablo, y para el momento en la empresa de estudiar palmo a palmo el país, para evaluar sus potencialidades y generar proyectos de desarrollo para la Corporación Venezolana de Fomento.

Descontando la numerosa y muy influyente obra de los positivistas en el entresiglo XIX-XX (Laureano Vallenilla Lanz, por sobre todos, pero también

José Gil Fortoul, un casi desconocido José Ladislao Andara o un tardío Carlos Siso, que todavía en la década de 1940 seguía con su prédica y gozaba de un buen auditorio), pero que entonces estaba en completo descrédito, académico e ideológico, por su desconfianza hacia la democracia y la revolución socialista; descontando, también, la muy ortodoxa (dentro de la ortodoxia marxista de la III Internacional) *Hacia la democracia* (1939), de Carlos Irazábal, que tanta influencia tendría en la izquierda venezolana, y los ensayos de Augusto Mijares que aspiraban a una propuesta de equilibrio y legalidad liberal que pocos quisieron oír; descontando a ese corto elenco de autores (y a algunos más), para cuando escribe Picón Salas no son muchos los enfoques globales para interpretar la historia de Venezuela. Acción Democrática, partiendo de sus semillas marxistas, había hecho lo propio en sus tesis políticas, como en el Plan de Barranquilla (1931) o en las tesis del Partido Democrático Nacional (1939), y el mismo Betan-

Lo primero que hay que tener en cuenta para entender a Venezuela es la convicción de su élite de formar parte de Occidente, y su empeño en llevar al resto del país hacia su esquema cultural

court (si no el autor en solitario, sí el más influyente de estos documentos), sistematizó su propuesta en *Venezuela, política y petróleo* (1954).

Picón Salas sondeó la relación de los venezolanos con su historia, a medida que la recorría. Le angustiaba un historicismo capaz de convertirse en opio y atontar sus fuerzas. El venezolano, argüía, suspiraba por un pasado ideal para refugiarse de una cotidianidad desoladora: «Casi había un contraste trágico entre la ambición de grandeza de nuestra Historia, cuando en el período de la Independencia los venezolanos ganando batallas, formando repúblicas y haciendo leyes se desparramaron por media América del Sur, y en lo que habíamos terminado siendo... Los venezolanos del siglo XIX y de las dos primeras décadas del siglo XX —hasta que comenzó a explotarse el vellocino petrolero— vivían medio-cremamente...».

Las viejas promesas del ayer —y del anteayer— se trocaban en esperanzas del porvenir; las proezas de los libertadores en lenitivos de las guerras civiles, las bancarrotas, las pandemias, el hambre; las glorias de Junín y Ayacucho en consuelo de las otras

derrotas de todos los días: «Desde la aflicción de hoy se miraba a la dorada promesa utópica de mañana». Es un fenómeno que más adelante, y ya con el instrumental de las disciplinas universitarias que justo Picón Salas había fundado en la Universidad Central de Venezuela, analizarían, en monografías más largas, los filósofos y científicos sociales egresados de sus aulas. Es, por ejemplo, lo que hicieron Germán Carrera Damas, cuando diseccionó el culto a Bolívar, acaso la expresión más viva y rotunda de ese proceder, y presentó su anatomía; y Luis Castro Leiva, cuando expuso su fisiología años más tarde.

Con todo y sus advertencias, en el esquema de interpretación de la historia republicana que presenta Picón Salas, se mantiene una visión de la historia dividida en tres momentos que recoge mucho de la dialéctica entre aflicción de hoy y promesa utópica del mañana: (1) un pasado heroico y luminoso, el de la Independencia; (2) un largo período oscuro, definido por

el caudillismo, el latifundismo y el imperialismo; y (3) un renacimiento, con la democracia, que en buena medida recuperaba parte del esplendor de ese pasado perdido, agregándole los logros de la libertad, la industrialización y las grandes conquistas sociales en educación y salud. Sin embargo hay al menos una cosa en la que este esquema se diferencia del historicismo venezolano anterior: la confianza en el porvenir (algo que no tenían tan claro un Juan Vicente González en 1832 o un Vallenilla Lanz en 1911). No es que el argumento de un porvenir promisorio no haya sido trajinado antes: tanto Antonio Guzmán Blanco como Juan Vicente Gómez justificaron sus regímenes con base en el mismo expediente del período oscuro que los separaba de las glorias de la Independencia y del inicio de sus gestiones como un renacer del heroísmo perdido. Pero ellos, con todo y los logros que los emocionaban, no podían alegar victorias éticas de la escala de un régimen civil y liberal como nunca antes se había tenido, más allá de sus desperfectos; o de una mejora tan amplia de la calidad de vida de los ciudadanos, más allá de las justas críticas que podían hacerse. Es

en «La aventura venezolana» donde Picón-Salas dice aquella famosa frase de que el país entró en el siglo XX en 1935: «A pesar de los automóviles, quintas y piscinas, de la plutocracia... podemos decir que con el final de la dictadura gomecista, comienza apenas el siglo XX en Venezuela». Eso, para él, es ya un logro. Es el camino que lleva a la democracia de 1958, en la que al fin se «sembraría petróleo», habría reforma agraria, educación para todos, industrialización.

Sus tesis lograron convencer a una o dos generaciones de venezolanos. Fue, a su modo, la historia oficial del régimen. Un libro como la *Historia fundamental de Venezuela*, que en 1970 publica J. L. Salcedo Bastardo, también cercano a AD, y que se haría inmensamente exitoso (más de diez ediciones en los siguientes 25 años; y su aprobación y utilización por el Ministerio de Educación en los liceos) trata, en gran medida, de demostrar estas tesis con base en un largo análisis sociológico que, si bien generó

o porque había —y sigue habiendo— tantos problemas específicos que tratar, han eludido una interpretación totalizadora, con algunas excepciones. Por ejemplo, Federico Brito Figueroa presentó una visión de país en su muy influyente *Historia económica y social de Venezuela* (1966-1987, cuatro volúmenes), desde una perspectiva marxista y muy centrada en la teoría del neocolonialismo. Germán Carrera Damas, en diversos ensayos, ha hecho otro tanto.

Brito Figueroa y Carrera Damas fueron dos de los líderes fundamentales de la «revolución historiográfica» que arranca con la democracia. Ambos, profesores de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, estaban en la izquierda, se opusieron a su modo al régimen de Betancourt y eran marxistas. Pero, mientras que Brito Figueroa se mantuvo como el historiador del Partido Comunista hasta la década de 1970, Carrera Damas se separó del partido por la invasión a Hungría en 1954 y

to más alto en 1970 con su ineludible *Culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*; luego desarrolló un análisis interpretativo del pasado venezolano, cuya primera y esclarecedora propuesta está en *Una nación llamada Venezuela* (1980). A comienzos del siglo XXI, y después de un periplo en funciones diplomáticas y de Estado, Carrera Damas retomó la reflexión sobre el devenir venezolano. Preocupado porque la crisis del régimen nacido en 1958 fuera entendida como una crisis de la democracia en sí, que las deficiencias administrativas de unos Gobiernos fueran consideradas deficiencias inherentes al régimen de libertades, y de que así se desbrozara el camino para una tiranía o un «cesarismo» salvífico, incluso en el sentido teológico del término, casi con el mismo ánimo de Picón Salas, Liscano, Vila, Siso Martínez y Betancourt en 1963, está en pleno esfuerzo intelectual para buscar asideros históricos para la democracia venezolana. Nuevamente en la acera contraria a Brito Figueroa, que llegó a ser un cercano colaborador de Chávez, y uno de los creadores, en las décadas de 1960 y 1970, de la configuración de Ezequiel Zamora como líder revolucionario, Carrera Damas interpreta su socialismo-bolivarianismo como una «ideología de reemplazo» antiliberal —considera que ese es el resorte profundo del movimiento: una oposición a la libertad— que ante la caída del socialismo real tomaron algunos de sus naufragos como tabla de salvación.

En 1999 Carrera Damas elaboró un extenso ensayo sobre la historia republicana de Venezuela, «La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzos y un balance alentador», que publicó en varias partes y que finalmente insertó en su libro *Búsqueda: nuevas rutas para la historia de Venezuela* (2000). En este ensayo sostiene que en diversas estaciones recorridas a partir de la Independencia ha habido un perfeccionamiento del sistema democrático-liberal, que como proyecto se trazó desde 1811, con las obvias modificaciones que los cambios de los tiempos imponen, y que los aparentes retrocesos de ciertos períodos no han logrado, ni a su parecer lograrán, acabar. Por eso, desde su perspectiva (obviamente ideológica, de un demócrata-liberal y, en los últimos años, admirador de Betancourt), el balance es alentador. Diez años y

Al mirar históricamente el punto en el que estamos parados, una parte afirmaría que, con una revolución socialista —sea lo que se entienda por tal— en marcha, está consumándose nuestra historia con el éxito; mientras que para la otra, por el contrario, y acaso por el mismo hecho de la revolución, tal vez lo más intenso de la aventura esté por comenzar

(y aún genera) muchas aprehensiones entre los historiadores profesionales, no deja de tener numerosos puntos de interés, algunos esclarecedores. Todo, según expone, parecía conducir al régimen de 1958, suma, cifra y destino de nuestra nación. Otro tanto hace la obra de un autor que estaba algo más a la derecha de la socialdemocracia en la que finalmente desemboca AD, Tomás Polanco Alcántara, y que igualmente gozó de alguna relevancia: la *Perspectiva histórica de Venezuela* (1977).

La revolución historiográfica

En 2010 la situación es otra. De algún modo, la crisis de las certezas y la confianza en el porvenir, que ha afectado al mundo de diversas maneras, manifiesta un contundente capítulo local. Los historiadores disciplinados, salidos de las escuelas universitarias de pre y posgrado que se fundaron desde 1958, y que han logrado una verdadera «revolución historiográfica» desde entonces, tal vez porque saben lo que significa una visión de conjunto

desarrolló un pensamiento autónomo, aunque siempre en el humanismo marxista. Para Brito Figueroa el sentido de la República venezolana estaba muy claro: era una República neocolonial; de allí que el estudio de las raíces coloniales de la dependencia, de las formaciones de clases, y de la sustitución del colonialismo español por el imperialismo yanqui fuera fundamental para su comprensión. El régimen de 1958 fue entendido como un capítulo más del neocolonialismo, administrado por sus agentes locales, Acción Democrática por sobre todos, títeres del imperialismo. Tarde o temprano, según Brito Figueroa, habría de advenir una revolución que nos liberaría. Pero que lo ideológico no nos confunda: hay en su obra muchos aportes fundamentales, sobre todo en el estudio de la colonia.

Carrera Damas siguió un camino alejado de los catecismos. Primero, emprendió una reevaluación crítica e historiográfica de todo lo escrito hasta el momento, cosa que llegó a su pun-

una gran cantidad de ensayos después, el desánimo no ha logrado apoderarse de él. En una ponencia presentada en la Fundación Rómulo Betancourt, el 28 de noviembre de 2009, hace al respecto otra propuesta metodológica: «Continuidad y ruptura en la historia contemporánea de Venezuela, e instauración de la república liberal democrática». En esencia, es un llamado contra la desesperanza, para distinguir los que pueden ser fenómenos o he-

sociedad genuinamente democrática.

Veamos qué encontramos si aceptamos estos procesos como articuladores. Lo de «completar la sociedad venezolana», abriendo las compuertas de la participación política a cada vez más personas, y lo de la formación de una sociedad genuinamente democrática revelan una continuidad que se expresa en esa «larga marcha hacia la democracia». Sin lugar a dudas, hitos como la abolición del sistema esta-

refundir a las distintas etnias en la cultura dominante criolla, que se asume como venezolana. No fue un proceso sin traumas: expediciones militares, por ejemplo al Zulia en 1869 para reinsertarla a la República y contra los guajiros a partir de 1870; práctico reinicio de la conquista con las misiones, que vuelven a establecerse en 1915 para el control de las fronteras; prohibición a quienes habitaban en el centro del país de autodenominarse «indios» y su acriollamiento forzoso de 1882 en adelante; eliminación de la doble nacionalidad en 1873 (reinstaurada en 1999); expediciones armadas contra los indígenas de Perijá, incluyendo bombardeos aéreos, para la expansión de la industria petrolera. La Historia Patria y el Culto a Bolívar, como expedientes para apuntalar la identidad con una historia «común» que solía borrar las diferencias regionales, raciales e ideológicas, y para obviar aspectos polémicos como el apoyo de los venezolanos al rey de España durante buena parte de la Independencia o su oposición sistemática a la Gran Colombia, revelan lo que tuvo de reto este proceso.

Ahora bien, estas tres grandes continuidades (búsqueda de la democracia, de una ciudadanía integrada y de un colectivo nacional), dentro de las cuales pueden entenderse muchos de los otros aspectos específicos de la historia republicana, admiten otra destilación. Democracia, ciudadanía y nación se refieren a un fenómeno más amplio, un proyecto que parece haber sorteado todas las rupturas en las cabezas de las élites venezolanas a lo largo de dos siglos, haciéndolas insistir en su cometido desde 1811: si vemos bien, si vamos a los conceptos «claros y distintos», las tres nociones se suscriben a la modernidad política. En alguna medida, entonces, la historia republicana, la de estos dos siglos en Venezuela, es la historia de la búsqueda de la modernidad. Por eso

Democracia, ciudadanía y nación se refieren a un fenómeno más amplio, un proyecto que parece haber sorteado todas las rupturas en las cabezas de las élites venezolanas a lo largo de dos siglos, haciéndolas insistir en su cometido desde 1811

chos coyunturales, de otros de plazo más largo y significación más honda; y así entender el verdadero calado histórico de angustias más inmediatas: ¿qué hay de sentido —continuidad y ruptura— en la historia republicana de Venezuela?

Continuidades y rupturas

Un balance, por lo tanto, para el bicentenario pudiera guiarse por las claves, al menos en términos metodológicos, que presenta Carrera Damas en su conferencia. Para determinar cuánto ha habido de continuidad y de ruptura recomienda identificar cinco tipos de procesos y sus diversos fines: 1) completar la sociedad venezolana (en el sentido de la participación en la formación del poder público así como el ensanchamiento ilimitado de la participación social), 2) impulsar la conformación de la nación, 3) impulsar la formación de la ciudadanía, 4) promover la apertura de vías hacia la formación de una sociedad genuinamente democrática y 5) contrarrestar las consecuencias, potencialmente perversas para la consolidación de la democracia, de la transición hacia una

mental y de castas durante la Independencia, el afloramiento de los ideales democráticos en el siglo XIX, la lenta —y no poco traumática— superación aún en curso de las tensiones raciales, el ideal de la federación como anhelo para una participación equitativa de las regiones en las decisiones nacionales (que no se alcanza hasta tan tarde como 1989 y hoy parece estar en reversión), el avance logrado a mediados del siglo XX —en especial en 1945— con la incorporación de la mujer y los campesinos analfabetas a la ciudadanía, muestran una línea de continuidad que se proyecta hasta hoy.

En lo referente a «la conformación de la Nación» se identifica un proceso sin solución de continuidad, para hacer de todos los habitantes de Venezuela un colectivo homogéneo, con identidad común. Tal proceso arranca con la batalla ideológica para convencer a la mayoría de los venezolanos de que no eran españoles, sino una nación distinta, y se desarrolla en dos frentes a partir de 1830: 1) convencer a todas las regiones de su venezolanidad (recuérdese que el Zulia se independiza dos veces y Oriente lo intenta una) y 2)



COMPROMISO SOCIAL: GERENCIA PARA EL SIGLO XXI

ANTONIO FRANCÉS (COORDINADOR)



0212-555.42.63
ediesas@iesa.edu.ve

La empresa es el motor económico por excelencia, sea privada, pública o social. Hasta ahora trabaja para sus accionistas, pero los trabajadores, los clientes y las comunidades le plantean exigencias crecientes, que van más allá de lo que se conoce como responsabilidad social. En *Compromiso social: gerencia para el siglo XXI* se dan herramientas novedosas para responder a esas exigencias.

Guzmán Blanco, Picón Salas o hasta Carrera Damas se pudieron sentir optimistas en 1870, 1960 o 1999: concluyeron que en su momento, y a su modo, finalmente se había llegado a la modernidad, o al menos dado pasos muy importantes para alcanzarla.

En 1985 aparece en castellano un manual de historia venezolana que, para el público estadounidense, había redactado el que tal vez era entonces su más importante venezolanista: *Venezuela: la búsqueda del orden, el sueño del progreso*, de John Lombardi. Aunque el texto no busca análisis profundos sino sólo informar a personas muy poco enteradas de los asuntos del país, el título por sí solo es un balance y una identificación de sentido. «Orden y progreso» es, por supuesto, un aserto positivista, completamente *demodé* para finales del siglo XX, pero de algún modo resume el anhelo de la modernidad. De hecho, en sus conclusiones, Lombardi lo señala sin rodeos: lo primero que hay que tener en cuenta para entender a Venezuela es la convicción de su élite de formar parte de Occidente, y su empeño en llevar al resto del país hacia su esquema cultural. Buena parte del resto de los problemas viene de esa dialéctica sociocultural.

Es razonable, entonces, pensar que el balance que estamos buscando puede ir, o al menos arrancar por ahí: por el deseo de dos siglos de una nación de convertirse en otra cosa, distinta de la que había sido hasta entonces, definida por la modernidad. Ése es, hasta el momento, el balance preliminar. A lo mejor no ha sido tan *a la ventura* nuestra historia, a lo mejor hubo siempre un guión, una escatología, al menos en la cabeza de sus élites dirigentes: el de hacer de Venezuela un país moderno. El resto de lo que pueda desprenderse de esto queda por escribir, cuando no está ya más o menos escrito. Es en todo caso una tarea más ardua; pero, por el momento, es un balance inicial, un punto para comenzar: la historia de la República venezolana ha sido en gran medida la historia de un esfuerzo para entrar en la modernidad. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello



Ilustración: Oswaldo Dumont